

La leyenda

de los niños índigo: apología a la insensatez

SILVIA FONG ROBLES

Con todo el amor a Silvia Robles,
quien nos quitó lo índigo a punta de pellizcos

Para algunos de nosotros, no hay nada más repugnante que toparnos con un niño (o niña, ciertamente) descor-tés, desafiante, bravucón, grosero, berrinchudo, metiche y, por si fuese poco, arrogante. Más inaceptable resulta el que, en estos tiempos donde la irresponsabilidad extiende sus dominios como una endemia perversa, se fabriquen y difundan escandalosas falacias como la de los “niños índigo” que, dicho sea de paso y aunque pese reconocerlo, también es una manera por demás original de hacerse de dinero. Se diseminan escuelas fundadas por gurús seudo pedagogos (dignos here-deros del New Age) quienes, ante la efervescencia de esta colosal tomadura de pelo, se “especializan” en fomentar las virtudes de los chiquillos y chiquillas sospechosamente índigos, basándose en la ingenuidad, ineptitud y vanidad de algunos padres de familia, incapaces de educar a sus hijos y dispuestos a creer en cual-quier bazofia que los exima de la responsabilidad de estar entregando al mundo un pequeño psicopatita.



Jonh McGhee

Asimismo, un farsante como el inefable Jaime Maussan, dedica amplios segmentos de sus emisiones televisivas a reportajes sobre los famosos niños índigo aportando, junto con sus sandeces sobre extraterrestres, un granito de arena más a favor de la ignorancia y en nombre de la estupidez. Ante tanta demencia colectiva (y las alarmantes muestras a nuestro alrededor de amigos inteligentes que también han sido contagiados del virus índigo), es menester tratar de dilucidar, racionalmente, la ficción que nos ocupa.

Los niños méndigos y su mamá, Nancy Ann Tappe
 En una era donde una cofradía de obesos es capaz de demandar a McDonald's por estar gordos y un enfermo de enfisema pulmonar culpa a Phillip Morris de estarse muriendo (como si el ingerir cantidades industriales de carbohidratos o fumarse 40 cigarrillos diarios no fuera una decisión personal), no es de extrañar que surjan fenómenos como la de los niños índigo. Señala Pascal Bruckner, en *La Tentación de la Inocencia*: "(...) La inocencia que tienta al mundo desarrollado es una especie de estado de gracia que despoja a los individuos de la pesada carga de la responsabilidad. Llamo inocencia a esa enfermedad del individualismo que consiste en tratar de escapar de las consecuencias de los propios actos, a ese intento de gozar de los beneficios de la libertad sin sufrir ninguno de sus inconvenientes". El caso de los "niños índigo" es un subproducto más de esta tendencia que planteara Bruckner; es un invento que parte de una premisa sublime: el nacimiento de un nuevo ser humano, dotado de capacidades especiales, cuya misión es mística y consiste en redimir a la Humanidad entera.

Dicha hiperlactancia fue generada por una ocultista llamada Nancy Ann Tappe quien, allá por los años ochenta, posiblemente después de fumarse un porro de mandrágora filipina, tuvo a bien inventar una especie de clasificación psicológica de las personas según el color de su aura que plasmó en un libro llamado

Understandig your Life Through Color (Comprenda su Vida por Medio del Color, o lo que es lo mismo, *Los Inconvenientes de ponerse Verde del Coraje*). De acuerdo con Tappe, es precisamente en la década de los ochenta cuando, "después de un peregrinar de las auras en la evolución del Homo Sapiens Superior" (sic), comenzó a predominar el aura color índigo en los niños que nacían en ese periodo y en un incremento en los nacimientos con esta característica en los años posteriores. Es decir, pulularon los nenes azules. Para colmo de males, el sesudo descubrimiento de esa parapsicóloga tuvo difusión masiva con la publicación del libro *Los Niños Índigo*, ya a finales de los noventa, de Jean Tober y Lee Carroll como autores. Este pasquín habla de que los críos en cuestión pertenecen a una generación excepcional y mística, destinada a salvar al mundo en la era de Acuario, modificados genéticamente –algo así como unos X-Men–, que poseen poderes paranormales dignos de los expedientes de los agentes Molder y Scully, y otras necedades propias de cualquier viaje con hongos oaxaqueños. Curiosamente, en *Los Niños Índigo* aparecen descritas las características "especiales" que cualquier pequeñuelo debe mostrar para ser identificado, peculiaridades que, en tiempos de nuestra niñez en los años setenta-ochenta, eran indicios simplemente de dos cosas: o de una muy mala educación o de que necesitábamos con urgencia un pellizco de monjita.

Los Niños Índigo fue escrito para ser leído por los muchos padres y maestros ansiosos de percibir algo afín con lo único que aceptaban y querían afirmar: "mi niño no es un ente incorregible y diabólico, sino especial y no debemos entrometernos en su cometido mesiánico." Sin duda, el libro no es más que un compendio sensacionalista de ensayos y "testimonios" aportados por personajes autoproclamados idóneos en la materia, más que nada "expertos sociales" frustrados¹ o sujetos con dudosas capacidades mediunímicas (dizque "contactados mediante percepción extrasensorial"), partidarios de

la “higiene espiritual”, fanáticos de los “mensajeros celestiales”, gurús del caos pedagógico, maniáticos de las “terapias alternativas”, etcétera.

A partir de ahí, parece que a cualquier padre le resulta más tentador creer que su chamaco es una entequeia enviada para ayudar al mundo, que un niño común y corriente al que le resulta cada vez más difícil educar. Ahora todos los hijos de la gente que conocemos son índigos. Por consecuencia, han proliferado centros “pedagógicos”, tratamientos, programas de Maussan y más libros que abordan el tema mientras, por otro lado, crecen legiones de escuincles con trastornos narcisitas de la personalidad que algún día tendrán en sus manos el futuro.

Afortunadamente, y luego de buscar incesantemente algún material que apoyara nuestras aguafiestas y cónicas sospechas –y de un regaño a un niño índigo que se subió literalmente a nuestra cabeza para arrebatarlos de las manos un paquete de chicles que íbamos a pagar en la caja del súper–, llegó a nuestras

manos una estupenda obra, escrita por Roberto Mares, llamada Niños Índigo, ¿Una Verdad Sublime o Un Mito Pernicioso?, de Editorial Tomo. ¿Qué apunta Mares al respecto?

Los narcisos del siglo XXI

El surgimiento del fenómeno sobre la creencia de los niños índigo tiene un origen sociocultural. De acuerdo con Roberto Mares, a partir de la ruptura en los

modelos educativos a raíz de la contracultura y los movimientos sociales en la década de los sesenta, comenzaron a tener auge los métodos pedagógicos que marchaban en contra de la educación tradicional, ciertamente rígida y represiva, y que se inclinaban por fomentar las individualidades, la libertad personal y alentaban las potencialidades de los niños. Si bien la intención fue buena y los métodos educativos como Waldorf, Montessori, Summerhill y otros partían desde bases positivas y humanísticas, existió una desviación y una mala interpretación de estos planteamientos: a pesar de que la esencia de los nuevos paradigmas pedagógicos era valiosa, nadie pensó que, como en todo, cualquier sistema necesita igualmente de reglas, límites y armonía. Señala Mares:

“En el ámbito doméstico, la semilla humanística creció de manera más o menos abrupta, creando en el seno de las familias un ambiente de extrema liberalidad, demasiada democracia, ausencia de autoridad, falta de estructura...”²

Por supuesto que, dicha nueva forma de educar, no permitía a los padres localizar una “fórmula” idónea para formar a los niños en los límites y, por el temor a cometer los errores del pasado, tampoco pudieron dar con alternativas. Siendo así, la ambivalencia y la indefinición de límites plantea una contradicción; a pesar de que es un gran avance de la cultura “el considerar a las perso-



nas, desde la niñez, como sujetos autónomos”³, una pedagogía avanzada no tendría que “eliminar la noción de autoridad, delimitación y estructura”⁴

Ante este problema social, se suman otros conflictos. Los padres no saben cómo guiar correctamente a sus hijos y se enfrentan al rechazo en las escuelas, donde los párvulos no parecen tener empatía por los demás, no prestan atención, desafían a las figuras de autoridad y desarrollan malos hábitos. Aquí es cuando los padres de familia llevan a sus criaturillas al psicólogo o al paidopsiquiatra quienes, como ocurre en muchos casos y por desgracia, los medican. Pero como no todos los niños con problemas de conducta son víctimas de alguna alteración física o enfermedad, papi y mami se frustran cuando sus vástagos tampoco mejoran su comportamiento, aun con terapia o medicamentos. Y es precisamente aquí, en este momento de desesperación, cuando aparece la teoría de los niños índigo. ¿Para qué angustiarse? Mi hijo no es horrible. En realidad vino a mejorar al Planeta... En ese instante, y ante la premisa de que el niño o niña es una especie de “elegido”, cesa la responsabilidad paternal y maternal, al tiempo que se dejan arrastrar por la vorágine de los deseos frustrados, optan por soslayar los problemas reales del escuincle, fomentan su narcisismo de manera dramáticamente consciente y, lo que es peor, atribuyen a una naturaleza esotérica la falta de adaptabilidad del niño y sus rasgos que, en la adultez, lo convertirán en un ser monstruoso.

Lo que ayer era malcriadez, ahora es Iluminación

Roberto Mares expone, de manera contundente, cómo los perfiles narcisistas de los niños llamados índigo son interpretados en el argot de los subnormales que apoyan esta quimera. De ahí que, por citar algunos ejemplos, la insensibilidad afectiva, muy característica de los índigo, se justifica diciendo que los niños, al ser entes superiores, no validan las experiencias ajenas y sólo creen en sí mismos y en “algunos pocos elegidos en su entorno” Si

el escuincle tiende a sentirse omnipotente, de acuerdo con los gurús es porque son criaturas independientes; si el chamaco presenta incapacidad de ajustar el pensamiento a la realidad, según la teoría índigo esto se debe “a su percepción extrasensorial altamente desarrollada”.

Y sigue la mata dando: si el niño o niña tiene un pensamiento no secuencial, es decir, confunde ubicaciones, espacio y tiempo lo que se traduce en desorden, los maestros índigo dicen que es porque el crecimiento espiritual de tales niños es tan elevado, que tienen una frecuencia energética más refinada y sutil y por consecuencia su “trato con el tiempo” (sic) se modifica.

Pero hay cosas más graves: si el niño no es sensible éticamente, es decir, si no siente remordimientos es porque, conforme a su naturaleza índigo, “conocen muy bien las reglas de la polaridad, pero no conocen lo bueno versus malo”-de seguro el Mochaorejas y Charles Manson son índigo. Cuando la criatura tiene una atención divagante y cualquier acontecimiento significa para ella un distractor, es debido a su “genética diferente”, porque para ellos “existen menos velos entre los niveles terrenales y espirituales”.

Aterradora a perspectiva, sobre todo porque las generaciones actuales, cegadas por las doctrinas místico-esotéricas alternativas, están fomentando la deformación de generaciones de niños que, para nuestra desgracia, tendrán en sus manos el mundo. Alarma la forma en la que muchos padres de familia han abandonado la tarea de educar a sus hijos sobre las bases del reconocimiento de los demás, la empatía, la genuina generosidad, la cortesía y la armonía con el mundo circundante, para ceder su lugar a la anarquía, al egoísmo, a la agresión y al libertinaje, sólo porque algún charlatán les comentó que los niños no tienen trastornos de conducta, simplemente son índigo.

Roberto Mares expone, sin cortapisas:

“...La propuesta del mito índigo es ‘trascendente’, al

aceptarla las personas sienten que su conciencia 'ha crecido', por lo que ahora no tienen un problema, sino una bendición del cielo. El procedimiento es el correcto, pero el resultado puede ser desastroso, pues el 'salto cualitativo' hacia una nueva conciencia es el resultado de la aceptación pasiva de una elaboración fantástica que no tiene el menor fundamento científico o filosófico; se trata de un sueño colectivo, de un mito."⁵

Hoy en día, ya no sólo hay niños índigo, sino igualmente otra tipología: niños cristal...

Inventemos a nuestros niños méndigos

Si todo apunta a la irresponsabilidad y a abandonar nuestro deber personal en aras de creencias esotéricas porque finalmente los niños no están mal, sino el mundo entero es el que está en el error, podemos dar rienda suelta a nuestras inclinaciones fantásticas y crear también pretextos para no asumírnos como adultos responsables en la educación de los niños. Entonces vienen las propuestas.

Niño Carbón. Estos infantes gustan por prenderle fuego a su perro y abusar de los niños de su kinder. Sin embargo no hay por qué preocuparse: inmolan a los animales porque están ofreciéndole a Kryon, cerebro galáctico con quien se comunican por medio de la telepatía, un sacrificio para encender el fuego del séptimo cielo, de acuerdo con la conjunción de la constelación de Orión con el asteroide G-TON. Si fastidian a sus compañeritos es también debido a que son entes superiores que comprenden la naturaleza inferior de los pobres subdesarrollados y su misión es erigirse como el líder.

Niño O-G-T. Suelen agredir a las personas y son capaces incluso a llegar al homicidio. Pero entrevistados en el Consejo Tutelar, afirman que si sienten inclinación por escabecharse a sus congéneres es porque un gato les habló en sueños de la redención del mundo a través del exterminio de los no-evolucionados.

Niño Hidrógeno. Se caracterizan porque no se están quietos en ningún lugar y procuran destruir las casas

ajenas. Son volátiles y muy inflamables. Pero no importa: en realidad están rebosantes de energía y necesitan moverse constantemente porque su destino no los ubica en un solo sitio, sino que por poseer el don de la ubicuidad su esencia los compele a situarse al mismo tiempo en todas partes. En realidad son multidimensionales.

Invitamos al amable lector a que nos envíe sus perfiles. Podría ser que, con la asesoría adecuada, un buen choro mareador, un disfraz de hippie retro y un libro, podamos hacer un buen negocio, perdón, podamos contribuir al bienestar del planeta atrayendo a los papás que, ante su fracaso como tales, buscan un adormecedor de la conciencia para autoconvencerse de que, después de todo, no importa si cumplen su labor educativa o no. Finalmente, ahí está su hijo para salvaguardar el orbe. 🐾

silviafr@avantel.net

¹ Allegretti, Pablo. El Fraude sobre los Niños Índigo: una perturbación filial. El Escéptico Digital. ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico. 2004. <http://digital.el-esceptico.org>

² Mares, Roberto. Niños Índigo ¿Una Verdad Sublime o un Mito Pernicioso? Ed. Tomo. Noviembre, 2004. Pág. 121

³ Op. Cit; pág. 124

⁴ Ibidem

⁵ Op. Cit; pág. 178



Alejandro Caballero